

El sentido del sentido a partir de Niklas Luhmann.
Propuesta de acercamiento a la producción del sentido de *violencia*

Juan Soto del Angel
Adriana Durán Mendoza
Ma. del Rocío Ojeda Callado

Resumen

Palabras clave: sentido, diferencia, sistema, violencia.

El trabajo está compuesto de cinco apartados. El primero exhibe al sentido, no como una identidad, sino como una *diferencia* de posibilidades entre las que se actualiza una identidad. El segundo presenta la descomposición del sentido en tres dimensiones: objetiva, temporal y social. El tercero muestra la constante autodeterminación del sentido bajo esquematismos. El cuarto refiere la posibilidad de autorreproducción de las conciencias o sistemas sociales en un espacio de sentido: los pensamientos. El quinto, finalmente, hace ver la posibilidad de autorreproducción de los sistemas sociales en otro ámbito del sentido: la comunicación. Todo ello, como un punto de partida para el estudio del sentido de cualquier tema, en este caso, del de violencia.

El sentido y la posibilidad del mundo

Delimitar el sentido, hay que decirlo desde el principio, no es posible ¿Cómo? Ello supone trazar un límite entre lo que es y lo que no es sentido. Pero, en el ámbito del sentido, todo es sentido. O, de manera negativa: en el ámbito del sentido, no es posible decir que algo no es sentido. Y, aquí, toda operación se desarrolla en el sentido.

Sin embargo, es viable describir el fenómeno del sentido como un *excedente de referencias*. “Algo está en el foco, en el centro de la intención, y lo otro está indicado marginalmente como horizonte de la actual y sucesiva vivencia y acción” (Luhmann, 1998: 78). El sentido de *violencia* está en el foco; y, lo otro, lo que la

violencia no es, ha de indicarse de manera marginal, pues únicamente así aquel sentido está en el foco. “La totalidad de remisiones que surgen del objeto proveedor de sentido pone a la mano más posibilidades *de facto* que las que pueden realizarse en el siguiente movimiento” (p. 78). El objeto proveedor de sentido, por ejemplo la palabra *violencia*, pone a la mano diversas posibilidades de sentido: la que está en el foco (el sentido actual de *violencia*) y las que se marginan (los sentidos posibles, aquéllos que no son, pero que pueden ser el sentido *violencia*). De tal modo que, cada vez, el sentido puede actualizarse: es factible cambiar lo que está en el foco, sea por alguna posibilidad marginada o por alguna oferta nueva.

Así, en primera instancia, el sentido se presenta como una diferencia que lo hace inestable, dinámico, que obliga en el siguiente paso a una selección. En efecto, todo sentido se manifiesta siempre como una diferencia entre lo actual y lo posible. Además, cuando lo actual se gasta, algo posible lo suple, y de tal modo, se constituye en lo actual. El sentido, por tanto, prepara su propia actualización. En esa medida es autorreferencial.

En esta parte se inserta un movimiento teórico. “La distinción entre diferencia e identidad será introducida transversalmente en la diferencia entre actualidad y posibilidad para controlar a la posibilidad en la operación” (Luhmann, 1998: 83). Así, lo posible se torna en una diferencia entre diversas posibilidades; y, lo actual, en una identidad, algo que es tal cosa y no otra. La diferencia entre diversas posibilidades de sentido de la palabra *violencia* permite seleccionar una y actualizarla, es decir, transformarla en la identidad del sentido de *violencia*. Lo inactual, sin embargo, no queda eliminado, permanece latente. Quizá se introduzca en nuevas situaciones.

Empero, si en el ámbito del sentido todo es sentido, ¿cómo logra superar la tautología? ¿Cómo el sentido se procesa a sí mismo y consigue diversos sentidos dentro del sentido? ¿De que manera se hace factible distinguir el sentido de *violencia* del sentido de *paz* o de cualquier otro? Gracias a la *información*. “Denominamos información a un *acontecimiento que selecciona estados del*

sistema” (Luhmann, 1998: 83). El ojo ve. Ello es ocasión de algún cambio en el estado de la conciencia o sistema psíquico. Entonces, acontece una selección relacionada con tal estado y se produce una información. Por ejemplo, se actualiza un sentido de *violencia* frente a otros. La ciencia, en tanto sistema social, cambia su estado respecto a la teoría geocéntrica. También allí acontece una selección que se relaciona con ello y se produce una información. Por ejemplo, el sentido de la tierra se actualiza bajo un contexto heliocéntrico y se margina su posibilidad en un contexto geocéntrico.

Una primera forma de ganar información es a través de la diferencia entre sentido y mundo. Ésta se constituye en la unidad de la diferencia de todas las posibilidades de sentido. “No es sólo la suma, es la unidad de esas posibilidades, lo que quiere decir sobre todo que el horizonte del mundo de cada diferencia garantiza su propia unidad como diferencia” (Luhmann, 1998: 86).

Esto significa, por una parte, que todo sentido, actual o posible, queda incorporado en el mundo; por otra, que cada diferencia proveedora de sentido alcanza su unidad gracias al mundo. Violencia, mesa, silla, sociología, genoma, satélite, un terremoto, una marcha, un tiburón, en sus sentidos actuales o posibles, se dan en, por y para el mundo. De todas las posibilidades de sentido de un tiburón, es decir, de todo lo que en el mundo puede haber como sentido, una es elegida o actualizada. La cual, además, adquiere sentido sólo porque forma parte de la unidad de una diferencia: aquella unidad que sostiene la diferencia entre el sentido actual de un tiburón y el mundo o los sentidos posibles ofertados en el mundo. Lo mismo vale para cualquier otro sentido.

En síntesis, el sentido se manifiesta por medio de una diferencia que lo hace inestable: actual/posible. Mejor: de una diferencia de posibilidades, promueve constantemente alguna identidad o actualización. De tal modo, produce informaciones o acontecimientos que seleccionan estados del sistema y posibilita, superando la tautología, su autorreproducción. Para el efecto, al principio, se distingue a sí mismo del mundo.

Las dimensiones del sentido o del mundo

Hay que hacer énfasis: el sentido no es producto de la identidad, sino de la diferencia. El sentido de *violencia* no proviene tan sólo de identificar la violencia con la violencia. Sino, de *diferenciar* tal identidad (el sentido actual de violencia) del mundo (los sentidos posibles de violencia).

Para organizar las diferencias se introducen, sobre esta base, identidades como palabras, tipos, conceptos, que sirven como sondas para probar lo que da buen resultado con respecto a lo otro y después, por supuesto, para conservar y reproducir aquello que ha sido efectivo. (Luhmann, 1998: 90)

Independientemente de lo que las cosas o el mundo sean, permiten la autorreproducción del sentido a través de diferencias. Éstas, sin embargo, echan mano de identidades, como las palabras o los conceptos, para probar y conservar lo efectivo, lo que funciona. En el ámbito de lo social, el sentido de *sexo* (probado por medio de la palabra *sexo*) ha dado muestras de desgaste. Al parecer, en su lugar, está funcionando el sentido de *género* (probado por la palabra *género*).

“Al principio, por lo tanto, no se encuentra la identidad, sino la diferencia. Sólo así es posible conferir valor de información a las casualidades y construir con ello un orden” (Luhmann, 1998: 90). Sea lo que sea o pase lo que pase, si cae en manos del sentido, lo ordena por medio de diferencias, o lo que es lo mismo, de informaciones. Luego, una *descomposición del sentido en general* tendrá que dar lugar a una *descomposición en diferencias*. “A este resultado lo designamos con el término de *dimensión del sentido* y deberemos distinguir entre *dimensión objetiva*, *dimensión temporal* y *dimensión social*” (p. 90).

Si el sentido en general se presenta bajo la diferencia actual/posible, sus dimensiones están obligadas o constituirse con manifestaciones específicas de tal

diferencia. En efecto, cada una presenta dos horizontes que nutren la actualidad o la posibilidad. Además, los horizontes carecen de restricciones en relación con lo que se pueda considerar como mundo, de allí que también se les pueda denominar *dimensiones del mundo*.

La dimensión objetiva se constituye en la medida en que la estructura de remisión del sentido descompone lo referido en <<este>> y lo <<otro>>. El punto de partida de una articulación objetiva de sentido es una *primera disyunción* que contrasta algo indefinido frente a otro algo asimismo indefinido. (Luhmann, 1998: 91)

En el ámbito de la dimensión objetiva, la autorreproducción del sentido casi exige una *primera disyunción*. Hace falta partir lo indefinido, no importa que de uno y otro lado aparezca nuevamente lo indefinido. Serán, a pesar de todo, dos indefiniciones diferentes. Lo que permitirá indicar una y relegar la otra. Señalar *éste* frente a *lo otro*. Tal cosa es a la que se obliga en el siguiente paso. En otras palabras: “la exploración ulterior se descompondrá en un desarrollo hacia dentro y hacia fuera, en una orientación hacia el horizonte interno y, correspondientemente, hacia el horizonte externo” (Luhmann, 1998: 91).

Ante una multiplicidad indefinida, todo resulta indefinido. Pero, si algunas cosas de tal multiplicidad se transforman en una unidad (por ejemplo, la raíz, el tronco y las ramas, en árbol; por supuesto, en esta primera fase, raíz, tronco y ramas no están diferenciados, no tienen sentido), es decir, en *éste*, y se distinguen de *lo otro*, ya no hay total indefinición. Hay un *éste* frente a *lo otro*. Un *éste* u horizonte interno y un *lo otro* u horizonte externo que pueden seguirse auscultando. Más aún, esta forma unitaria de presentar dichos horizontes promueve la constante exploración, y por lo mismo, excluye toda garantía de permanencia. Algo de *lo otro* en todo momento está listo para suplir a *éste*.

Cuando de sentido se trata (y, al parecer, no es posible hablar fuera del sentido), hay que decirlo una y otra vez, no hay cosas, no hay identidades. Hay diferencias. Hablar de cosas es una tradición y resulta práctico continuarla: facilita cualquier referencia.

En esta forma las cosas constituyen puntos de referencia manejables para el comercio con las referencias del mundo; sin embargo, encubren el hecho de que se trata siempre y necesariamente de dos horizontes que intervienen en la constitución objetiva del sentido; que para fijar el sentido del objeto, serían necesarias las dobles descripciones que se perfilan hacia afuera y hacia adentro. (Luhmann, 1998: 92)

“La diferencia entre el antes y el después, experimentable directamente en todos los acontecimientos” (Luhmann, 1998: 93) da origen a una segunda forma de autorreproducción del sentido: la *dimensión temporal*. La cual “ya no ordena el quién/qué/dónde/cómo de la vivencia y de la acción, sino sólo el cuándo” (p. 93). Esto quiere decir que se abandonan *el enlace con lo directamente experimentable y la atribución a la diferencia entre lo presente y lo ausente*. El sentido de *violencia* puede construirse sin los límites que impone la experiencia directa con violencia. La diferencia entre la presencia y la ausencia de violencia queda excluida, de tal manera que se hace posible tratar de igual modo la presencia y la ausencia de violencia. En otras palabras, desligándose de los límites de la presencia de violencia, se facilita construir su sentido aun en su ausencia, sobre todo en su pasado y en su futuro.

“El tiempo también está tenso entre los horizontes especiales que se le atribuyen, que marcan lo inalcanzable y hacen posible la relacionalidad, es decir, entre pasado y futuro” (Luhmann, 1998: 93). Pasado y futuro no son principio y fin, sino horizontes que posibilitan la construcción de sentido considerando lo inalcanzable

en dos manifestaciones, precisamente pasado y futuro, relacionables una con la otra. Es factible relacionar el pasado y el futuro de la violencia, lo que permite, entre otras cosas, predicciones e historias relacionadas con ella.

Entre pasado y futuro acontece el presente, esto es, cualquier cambio que se reconoce como tal y que se considera irreversible. "Visto más de cerca se reconoce que hay dos presentes al mismo tiempo y que sólo su diferencia produce la impresión de que el tiempo avanza" (Luhmann, 1998: 93). Uno constituye lo irreversible; el otro, lo reversible. El primero cae momento a momento, lo marca el reloj o algún artefacto análogo, sin posibilidad de regreso; el segundo, permanece y facilita el retorno. Gracias a la diferencia entre el presente construido con irreversibilidad (aquél que, por ejemplo, no deja ver ningún presente vivido por el organismo, salvo el actual) y el presente construido con posibilidad de retorno (aquél que, por ejemplo, permite ir y venir por los diversos presentes vividos o por vivir del organismo) se genera la impresión de que el tiempo avanza (y se ven, por ejemplo, los cambios en el organismo).

La tercera forma en que se organiza la autorreproducción del sentido corresponde a la *dimensión social*. Bajo ella, el sentido supone lo respectivamente igual, esta vez, entre *ego* y *alter*. Pero, "los conceptos *ego* y *alter* no designan aquí papeles, personas o sistemas, sino horizontes especiales que agregan y cargan de peso las remisiones plenas de sentido" (Luhmann, 1998: 93). A partir del supuesto de que *ego* y *alter* se miran respectivamente como iguales, se ponen dos horizontes a disposición del sentido de *árbol*, desde donde se nutre y se fortalece. "Entonces, a cualquier sentido se le puede exigir también una referencia a lo social; es decir, a todo sentido se le puede preguntar si el otro lo vive como yo o de otra manera" (p. 93).

La autorreproducción del sentido en la dimensión objetiva se ve incitada por la indefinición, mejor, por una primera disyunción que supere la indefinición. Algo similar pasa en la dimensión temporal. La experiencia de la diferencia entre el *antes* y el *después* que acompaña a cualquier acontecimiento induce a tratar con lo ausente. Es decir, con el *antes* y el *después*, de allí que respectivamente se

conviertan en pasado y en futuro. La dimensión social no es excepción. Aquí se oponen consenso y disenso. Los dos horizontes, *ego* y *alter*, son tomados en cuenta para orientar el sentido únicamente si se proyecta el consenso.

Cuando el consenso aparece “muy a menudo y con singular claridad en nexos de sentido específicos, surge en la evolución social una semántica particular de lo social que, a su vez, como teoría de esta diferencia, es capaz de consenso o de disenso” (Luhmann, 1998: 95). Ello es el preludio, como se verá, de los sistemas sociales. *Ego* y *alter* tienen, cada uno, sus propias perspectivas del sentido de árbol. Cada uno, también por su lado, experimenta que un determinado sentido de árbol funciona para los dos. Finalmente, una vez más, cada uno por su lado, como le va bien en sus relaciones con el otro, acepta este segundo sentido como si hubiera un consenso. Tal tipo de sentido, aceptado por *ego* y por *alter*, da lugar a una nueva semántica que ya no es de *ego* ni de *alter*, sino de los dos, del consenso (de lo que, por separado, los dos aceptan como consenso).

Circunstancia que posibilita la integración de un sistema social. El cual, en tanto sistema, también es capaz de consenso y disenso.

La constante autodeterminación del sentido: los esquematismos

La descripción del sentido que se presenta permite hacer la hipótesis de que, sea lo que sea, el mundo admite una constante determinación. “Con vistas a este proceso de autodeterminación continua del sentido se forma la diferencia entre sentido y mundo como diferencia entre orden y alteración, entre información y ruido” (Luhmann, 1998: 97). Así, el sentido se transforma en orden o información; y, el mundo, en alteración o ruido. En otras palabras, todo es orden o alteración, información o ruido, se aplica la norma del tercero excluido. Ello facilita las operaciones del sentido: hay que ordenar las alteraciones o superar el ruido con informaciones.

A partir de la delimitación de la alteración, se delimita el orden; a partir de la delimitación del ruido, se delimita la información. Todo, bajo la incitación de problemas por resolver: la primera disyunción, en el caso de la dimensión objetiva;

la irreversibilidad, en la dimensión temporal; y, el disenso, en la dimensión social. Tales operaciones de diferenciación hacen posible, como se verá, la autorreproducción de los sistemas de sentido: psíquicos, por un lado; sociales, por otro. “Lo típico de la forma esencial hacia la que se orienta de *facto* el comportamiento cotidiano, es el resultado” (Luhmann, 1998: 97) de dicha manera de autorreproducción del sentido. Los comportamientos de oriente suelen ser distintos a los de occidente, puesto que unos y otros responden respectivamente a las autorreproducciones de sentido que se dan en cada lugar.

El tránsito del ruido a la información no es azaroso. El sistema ofrece las opciones de determinación de sentido que requiere y, con ello, imprime capacidad de enlace a todas sus operaciones. Pero tales opciones van más allá de facilitar el enlace de operaciones: cada operación se autodetermina gracias a las posibilidades de enlace que se le ofrecen.

Al proveer de capacidad de enlace a cada una de las operaciones, se notan *esquematismos* en cada una de las dimensiones del sentido. “*En la dimensión objetiva*, la diferencia entre *atribución interna y externa* actúa como esquematismo principal, al poner en claro si el enlace de más operaciones deberá partir de causas internas o externas” (Luhmann, 1998: 97). Si la selección de sentido se atribuye a causas internas, es decir al sistema, se habla de *acción*; si a causas externas, es decir al entorno, de *vivencia*. La elección de una u otra condicionará toda determinación posterior de sentido. La fotosíntesis, en tanto se atribuye a causas internas de sistemas biológicos, constituye una acción; la luz solar, por el contrario, en relación con dichos sistemas biológicos, integra una vivencia. Luego, cualquier operación de sentido relacionada con la fotosíntesis exige la orientación de causas internas; por el contrario, si de la luz solar se trata, hay que vérselas con causas externas. Por supuesto, aquí, los sistemas biológicos son el tema, pero el sentido es atribuido por algún sistema de sentido. Únicamente los sistemas de sentido organizan sentido.

Los conceptos que derivan del esquematismo de la dimensión objetiva posibilitan otras construcciones de sentido. La acción se extiende a la acción que prepara y

busca la vivencia (los sistemas biológicos preparan y buscan la fotosíntesis), de igual modo que la vivencia se extiende a la vivencia de la acción (los sistemas biológicos viven la fotosíntesis). “Se puede decir también que la vivencia actualiza la autorreferencia del sentido; la acción actualiza la autorreferencia de los sistemas sociales, y ambas se mantienen separadas y entrelazadas mediante rendimientos de atribución” (Luhmann, 1998: 98). Todo lo que se relaciona con la luz solar constituye una actualización del sentido; todo lo que concierne a la fotosíntesis refiere una actualización del sistema, en este caso, biológico (desde luego, dicho por un sistema social, la ciencia). La luz solar y la fotosíntesis se mantienen separadas y entrelazadas a través de atribuciones a determinados sistemas biológicos.

La situación es parecida en la *dimensión temporal*. “También aquí la esquematización es mediada por procesos de atribución, es decir, la distinción decisiva depende de preguntar si la atribución se refiere a factores constantes o a factores variables” (Luhmann, 1998: 98). Para efectos de autorreproducción (o, si se prefiere, para efectos de estudio), el sistema de la ciencia puede considerar a la fotosíntesis una constante y proceder a delimitar sus variables. En este caso, cualquier atribución tiene que admitir a la fotosíntesis como una constante. Pero también es viable que la constante sea un vegetal, en donde la fotosíntesis resulta una variable. En esta segunda situación, las atribuciones tienen que corresponder a la fotosíntesis en calidad de variable.

“En la *dimensión social*, finalmente, *ego* y *alter* se personalizan, esto es, se identifican como determinados sistemas sociales para fines de atribución” (Luhmann, 1998: 98). El sentido, aquí, se vuelve un *yo*, un *tú* o cualquier otro sentido designado con algún pronombre personal. *Yo*, el profesor; *tú*, el alumno; *nosotros*, los tercermundistas; *ustedes*, los *yanquis*. Se hace posible, así, atribuir sentido al *yo*, al *tú*..., esto es, a *ego* y *alter*, personalizados, transformados en sistemas sociales.

“Asimismo, el esquematismo social no se refiere a esos sistemas como hechos objetivos del mundo, sino únicamente a su fungir como *ego* o *alter*, con las

consecuencias que de ahí se deriven” (Luhmann, 1998: 99). El yo, el tú, etc., se delimitan atendiendo a determinadas condiciones objetivas, pero acá no importan. Interesan únicamente como *ego* o *alter*, es decir, en tanto horizontes de sentido. Lo que “permite a *ambos* interlocutores utilizar *ambas* perspectivas, la de *ego* y la de *alter*, sucesiva o separadamente, y decidir bajo qué perspectiva se habla” (p.99).

He allí los esquematismos que posibilitan las determinaciones de sentido y el enlace de sus operaciones: vivencia/acción, constante/variable, *ego/alter*. En los tres, el reduccionismo es evidente: siempre hay un tercero excluido. En la dimensión objetiva, no hay más que acciones y vivencias; en la temporal, factores constantes o variables; y, en la social, la perspectiva de un *ego* frente a la de un *alter* y viceversa. Además, en el siguiente paso hay que decidirse por una opción, lo que permite ofrecer algo determinado y listo para una nueva relación. De tal modo, los sistemas se autosimplifican sin llegar a determinarse. Constantemente se actualizan, y así, se autoconservan, mejor, se autorreproducen

Las dimensiones del sentido “no pueden aparecer aisladas; se encuentran bajo coacción de combinación; pueden analizarse por separado, pero en cualquier sentido real aparecen aunadas” (Luhmann, 1998: 99). Su distinción es producto de la evolución social y sólo consiguen autonomía poco a poco.

La percepción y la posibilidad de la conciencia

Las unidades celulares se autorreproducen en un espacio molecular (Maturana y Varela, 2003a, 2003b). De manera análoga, las conciencias o sistemas psíquicos y los sistemas sociales se autorreproducen en un espacio de sentido. Más específicamente: las primeras, en un espacio de pensamientos; los segundos, en un espacio de comunicaciones. En lo que sigue se aborda la posibilidad de autorreproducción de unos y otros.

El organismo humano se constituye gracias a un acoplamiento estructural determinado entre unidades celulares autopoiéticas y, la continuidad de su vida, depende fundamentalmente de la autoobservación del sistema nervioso.

El sistema nervioso se ocupa de “mantener ciertas relaciones entre sus componentes invariantes frente a las continuas perturbaciones que generan en él tanto la dinámica interna como las interacciones del organismo que integra” (Maturana y Varela, 2003b: 111). Su función, pues, se reduce a organizar las actividades sensomotoras del organismo y a garantizar, en la medida de sus posibilidades, que tal cosa continúe. Luego, “todo su conocer es su hacer como correlaciones sensoefectoras en los dominios de acoplamiento estructural en que existe” (Maturana y Varela, 2003b: 111).

Pero, si conocer, para el organismo y su sistema nervioso, implica tan sólo mantener ciertas correlaciones sensoefectoras, se carece allí de toda referencia al entorno. Lo que constituye un problema por resolver, una función que cumplir. Tal cosa es, quizá, la que da origen a la conciencia o sistema psíquico.

El sistema nervioso es un mecanismo para la autoobservación del organismo. Lo único que puede discriminar son estados propios del cuerpo, operando, en consecuencia, sin referencia al entorno. La conciencia compensa esta limitación, y aunque se encuentre acoplada estructuralmente al sistema nervioso, externa aquello que se le sugiere como estado propio del cuerpo hacia el exterior, por así decirlo, lo interno del cuerpo. (Luhmann, 1996: 19-20)

Así, frente al sistema nervioso, que refiere tan sólo estados del organismo, se desarrolla el sistema psíquico o conciencia “con la tendencia opuesta a observar, en primer término, lo que puede ver como mundo exterior” (Luhmann, 1996: 31). Esto no es otra cosa que la percepción, en donde “se aprehende lo diverso, aunque de manera diversa, como unidad” (p. 20). La *diversidad* de raíz, tronco y

ramas, de manera *diversa* a la realidad (es decir, sin ser la realidad) se aprehende como *un árbol*.

Se reconoce allí la forma en que el sentido supera la tautología y se autorreproduce: a través de informaciones o acontecimientos que seleccionan estados del sistema. El ojo ve y acarrea un cambio o nuevo estado en la conciencia. Tal estado resulta elegido y se transforma en información. Es decir, en un acontecimiento que, a partir de una diversidad de posibilidades de sentido, actualiza una (la unidad del sentido de árbol) y margina las demás. “Desde el punto de vista evolutivo, la percepción es el primer modo de información y el más difundido, y sólo en muy pocos casos se densifica como comunicación” (Luhmann, 1996: 369).

Lo anterior no implica violar el principio de *clausura operativa* de toda autopoiesis. La conciencia desconoce los procesos neurofisiológicos. “De hecho, no puede siquiera percibirlos y los aprehende de manera propia en una elección altamente selectiva (por ejemplo, el dolor)” (Luhmann, 1996: 27). Un cambio en el organismo induce a una interpretación por parte del sistema nervioso y a la consecuente respuesta. Allí puede haber dolor, lo que detona un cambio en la conciencia. El cual es dable delimitar de diversas maneras y la conciencia elige una. Pero no hace falta el dolor. Ver, oír, oler, experimentar placer, hacer, temer o cualquier otra cosa que se acompañe de un cambio en la conciencia, sugiere diversas posibilidades de sentido, entre las cuales, la conciencia actualiza una.

El cuerpo mismo es experimentado por la conciencia como exterior a la conciencia, como objeto de la conciencia. Por lo demás, sobre la base de la actividad en curso, de la callada y discreta actividad del sistema nervioso, la conciencia construye un mundo en el que puede luego observar la diferencia entre el propio cuerpo y el mundo, y de esa manera, puede también observarse a sí misma. (Luhmann, 1996: 20)

En una perspectiva un poco distinta, cabe la siguiente hipótesis: la autorreproducción de la conciencia o sistema psíquico se origina en el hecho de que el organismo y su sistema nervioso no piensan, sin embargo, pensar es algo que hace falta. La hipótesis encuentra bases, por ejemplo, en los propios límites de la conciencia. “No puede hacer que el mundo le resulte perceptible de acuerdo con sus propios deseos, ni eliminar sencillamente las percepciones no deseadas” (Luhmann, 1996: 31). Escucha lo ya oído y ve todo lo visible. Luego, en la medida de sus posibilidades, la conciencia induce cambios en el organismo “y cabe sospechar que la operatividad del pensamiento ha sido desarrollada precisamente para llevar a cabo esta función” (p. 31).

En síntesis, las condiciones del planeta facilitan la autorreproducción de las unidades celulares autopoieticas. Algunas se acoplan estructuralmente (es decir, en una relación estrecha, mantienen una constante concordancia entre los cambios estructurales que sus autopoiesis exigen) y dan lugar a los organismos humanos. De modo semejante, la carencia de referencias al entorno por parte del organismo humano posibilita la autorreproducción de la conciencia. Misma que, además, también se acopla estructuralmente al sistema nervioso (de igual manera, por tanto, aquélla y éste mantienen una relación estrecha y una constante concordancia entre los cambios estructurales que sus autopoiesis exigen). Además, en el ámbito del sentido, la conciencia logra la construcción de un mundo, en el que integra de manera diferenciada a sí misma y a su cuerpo, estrategia que le permite observarlos posteriormente.

Las conciencias y la posibilidad de los sistemas sociales

Entre los objetos del mundo que la conciencia construye asoma el otro, mejor, los otros ¿Cómo el yo concluye que el otro no es un objeto, sino precisamente *otro*? El yo percibe al otro como un análogo suyo, de allí que lo considere otro, suele ser la respuesta. La cual, empero, es contradictoria. Para saber que el otro es análogo a sí mismo, hay que saber que el otro es otro, lo que precisamente se ignora. Pero

todavía se puede ir más atrás. En un estado primitivo, no sólo se desconoce que el otro es otro. Tampoco puede tenerse conciencia del yo ¿De qué manera? Si ni siquiera conciencia hay. Tan sólo se autorreproduce la vida biológica.

La conciencia, se dijo, tiene límites en el autocontrol respecto al contenido de sus percepciones. Ve lo visto, a pesar de no quererlo ver ya; oye lo oído, sin quererlo oír, etc. Qué fácil sería encontrar un objeto perdido entre otros tantos, si pudiera evitarse ver estos últimos. Lo cual, desde luego, no es posible. Pero sí es posible reunir experiencias, de manera más exacta, condensarlas, y con ello, aprender a distinguir entre unos y otros objetos. Lo que posteriormente sirve de orientación a la conciencia, y por ende, al organismo.

Se hace la hipótesis de que algo similar se da en relación con el otro. La comunicación, por incipiente que al principio pueda ser, “es la que después de un tiempo de práctica suficiente hace posible suponer un *alter ego* con la finalidad de hacer posible la condensación de experiencias” (Luhmann, 1996: 19). Suponer que la comunicación es posible con él, es lo que poco a poco permite aprehender al otro como otro, distinguiéndolo de los objetos. Lo que, por supuesto, facilita la condensación de experiencias en relación con el otro, y a la postre, la orientación frente al otro.

¿Qué acontece cuando dos o más entidades psíquico-biológicas se topan? Los sistemas biológicos siguen su curso. A partir de las sugerencias del sistema nervioso, los sistemas psíquicos reconstruyen, a su modo, lo que pasa. Ello es tierra fértil para la autorreproducción de sistemas sociales. En efecto, cuando coinciden dos seres humanos, aun cuando sea por primera vez, toman decisiones que dependen más de la situación social que del sistema psíquico. Ambos experimentan una *doble contingencia*: advierten que tanto uno como el otro se hallan frente a la circunstancia de optar por un comportamiento en donde ninguno es necesario, pero cualquiera es posible.

Cuando además de la propia inseguridad acerca de la conducta, también es insegura la selección de la conducta del otro, y ésta depende de la conducta de uno mismo, surge la posibilidad de orientarse justamente hacia allí para determinar con base en ello la conducta propia. (Luhmann, 1998: 124)

Uno no sabe qué hacer, el otro tampoco. Tal es la doble contingencia que los dos experimentan. Cada uno, además, sabe que la conducta propia determina la del otro. Entonces, se abre la posibilidad para que los dos acudan a lo que experimentan y saben, y a partir de allí determinen su conducta. Surge, por tanto, algo en común. Los dos se orientan, primero, “por la pregunta de *si el interlocutor aceptará o rechazará una comunicación*, o al centrarse en la acción: *si ésta lo beneficiará o lo perjudicará*” (Luhmann, 1998: 120).

Tal pregunta implica suponer que los participantes presentan un mínimo de observación recíproca y que, al menos, tienen la expectativa de que el otro está en condiciones de aceptar o rechazar la comunicación inicial. Sin embargo, no hay un total entendimiento. “El sentido sólo puede ser entendido en su relación con el contexto y como contexto funge primero lo que para cada quien presenta su propio campo de percepción y su propia memoria” (Luhmann, 1998: 157). “En consecuencia, no existe tampoco, como afirma desde sus inicios la teoría de la información, ninguna trasmisión de significado de una conciencia a otra” (Luhmann, 1996: 23).

Todo ello genera un “círculo autorreferencial: yo hago lo que tú quieres si tú haces lo que yo quiero” (Luhmann, 1998: 124). O, si se prefiere, “una indefinición autocondicionante: yo no me dejo condicionar por ti, si tú no te dejas condicionar por mí” (p. 125). En todo caso, se trata de la autorreproducción de un círculo que adquiere autonomía, que impone sus condiciones a los participantes.

Desobedecer implica la posibilidad de llevar la relación a su fin. Lo cual sucede con cierta frecuencia. Un interlocutor expresa una comunicación, el otro la acepta o la rechaza, en seguida se rompe todo contacto.

Estamos, como es notorio, ante la estructura de un núcleo extremadamente inestable que se desmorona de inmediato si no sucede nada más. Pero esta situación inicial basta para definir otra que contiene la posibilidad de formar un sistema social. (Luhmann, 1998: 125)

Si los interlocutores deciden continuar, “se concentran en lo que pueden observar en el otro como sistema-en-un-entorno, como *input* y *output*, y aprehenden en cada caso su forma autorreferencial desde su propia perspectiva de observador” (Luhmann, 1998: 119). Ninguno sabe lo que pasa en el interior del otro. Pero los dos ponen atención a lo que se dicen (*input*) y a la respuesta en relación con lo que se dicen (*output*). Entonces, aprenden. “Pueden tratar de influir en lo que observan por medio de su propia acción, y nuevamente pueden aprender del *feedback*” (p. 119). Cada interlocutor aprende por su lado y, también bajo sus condiciones, desarrolla expectativas. No obstante, las expectativas de uno y otro llegan a conseguir puntos de convergencia. Lo que posibilita la autorreproducción de los sistemas sociales.

Poco a poco, las conciencias aprenden que cubrir el cuerpo con algún atuendo es algo esperable. Cada una tiene su propia perspectiva en relación con ello, no obstante, concuerdan en el uso de vestimenta. Tal concordancia se estabiliza y, después, orienta. En adelante, no sólo será un punto de convergencia. Servirá de guía: cada conciencia sabrá que se requiere cubrir el cuerpo, so pena de violar tal disposición y atenerse a las consecuencias. Disposición que no depende ya de las conciencias, sino de un sistema social que se gesta o se ha gestado: la sociedad.

Pero la sociedad es sólo una forma de sistema social. Los puntos de convergencia dan lugar, al menos, a otras dos: las interacciones y las organizaciones. Más aún, la sociedad actual posibilita la autorreproducción de diversos sistemas funcionales: ciencia, política, economía, educación, incluso la comunicación masiva, entre

otros. Cada uno genera sentido a su manera. Por tanto, el sentido de violencia no sólo es diferente para cada conciencia. También lo componen de un modo distinto los sistemas sociales. En la interacción (cara a cara) de dos o más seres humanos adquiere un sentido; en las organizaciones (sindicatos, asociaciones, instituciones), otro. Los sistemas funcionales no se quedan atrás: una cosa es la violencia desde la ciencia; otra, desde la política; una más, desde los llamados medios masivos. En fin, el sentido luhmanniano del sentido revela un rostro de su complejidad y, en esa medida, ofrece un punto de partida que posibilita su reconstrucción, incluido el tema de la violencia.

Referencias

- Luhmann, Niklas (1996), *La ciencia de la sociedad*, Anthropos Editorial/Universidad Iberoamericana/ITESO, México.
- Luhmann, Niklas (1998), *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, Anthropos Editorial/Universidad Iberoamericana/CEJA, Pontificia Universidad Javeriana, España.
- Maturana R., Humberto y Varela G. Francisco (2003a), *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo*, Lumen, Argentina.
- Maturana R., Humberto y Varela G. Francisco (2003b), *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano*, coedición de Editorial Universitaria con Editorial Lumen, Argentina.